ATANASIO MELANTUCHE y SANTIAGO ORIA

El golpe de Estado

OPERETA

en un acto, dividido en tres cuadros

inspirada en el asunto de una obra extranjera

MÚSICA DE LOS MAESTROS

GERÓNIMO GIMÉNEZ y AMADEO VIVES



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906



EL GOLPE DE ESTADO

EL GOLPE DE ESTADO

OPERETA

en un acto, dividido en tres cuadros

inspirada en el asunto de una obra extranjera

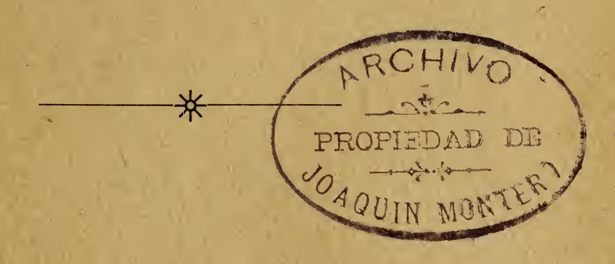
LIBRO DE

ATANASIO MELANTUCHE y SANTIAGO ORIA

música de los maestros

GERÓNIMO GIMÉNEZ y AMADEO VIVES

Estrenada en el TEATRO ESLAVA la noche del 3 de Mayo de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FABIÁN II, rey (17 años)........	SRTA.	LORETO PRADO.
DUQUESA DE MAKLEMBERG, (35 íd.)........................	SRA.	CASTELLANOS.
ROSALÍA (17 íd.)................		FRANCO.
CARLOS, capitán de la Guardia Real (25 íd.)....................	SR.	LLANEZA.
DUQUE MAKLEMBERG, (60 íd.)..		CHICOTE. (*)
MERCIER..........................		CASTRO.
SENADOR 1.º......................		RIPOLL.
IDEM 2.º........................		MORALES.
UN CRIADO.....................		BORDA.

Damas y caballeros de la corte de Fabián II, soldados de la Guardia Real, aldeanas y aldeanos

---

Las indicaciones del lado del actor

(*) A la cuarta representación se encargó repentinamente de este papel D. José Soler, interpretando el personaje de modo admirable.

Se encarga con el mayor interés á los directores de escena que cuiden mucho de no ajustar á ninguna época determinada los trajes de los personajes de esta obra.



ÁCTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Antecámara del rey Fabián, en su palacio. Decoración á todo foro. El primero y segundo término, constituyen la antecámara. Limita ésta un rompimiento de cristales, con un gran arco en el centro y dos más pequeños á ambos lados. Entre éstos y el fondo, una balaustrada corrida, de más de ochenta centímetros de altura. Al fondo, plaza extensa. La antecámara, en los primeros términos, tiene puertas practicables. La de la derecha, conduce á los jardines de palacio, y la de la izquierda, á la cámara regia. Entre primero y segundo términos, la mesa del rey Fabián con un sillón. Distribuídos, convenientemente, asientos aparentes, como todo el servicio, á la suntuosidad de la habitación. Por el fondo, efecto de sol muy intenso

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE, LA DUQUESA, Damas y Caballeros de la Corte que van saliendo de la cámara regia y luego CARLOS, por el foro izquierda

Música

TODOS ¡Qué malos vientos corren
hoy por la estancia real!
¡Qué humor tan insufrible
tiene hoy Su Majestad!
Está preocupado,
meditabundo está.

Sin duda su conciencia
devora algún pesar.

CAR. (Entrando foro izquierda.)
¡Señoras! ¡Caballeros!

CORO Bizarro capitán.

CAR. ¿Qué se hace? ¿Se murmura?
Podemos continuar.
Creo que hablabais de los amores
de nuestro augusto rey y señor.

CORO Precisamente de eso se hablaba.

CAR. Pues continuemos la diversión.
Cierta dama de la corte
disfrutaba tiempos ha,
los favores amorosos
de su augusta majestad.

DAMAS ¿Quién es ella?

CABALLEROS ¿Quién es ella?

CAR. Permitidme reservar
de esta historia nombres propios.

CORO Adelante, capitán.

CAR. Es la dama de mi cuento
de hermosura singular,
mejorando lo presente.

DAMAS ¡Muchas gracias!

CABALLEROS Continuad.

CAR. Un apuesto caballero
fué sus ojos á fijar,
en la dama á quien amaba
nuestra augusta Majestad.
Y al saber esto el monarca,
con arrojo sin igual,
al osado caballero
resolvió desafiar.

CORO ¡Un duelo! ¡Cielo santo!
¡Qué escándalo! ¡Qué horror!

CAR. Dejadme que termine
veréis lo que pasó.
Concertado el lance, hace varias noches
que en sitio apartado del palacio real
cruzaron sus armas y en recio combate
quedó herido el noble y el rey sin tocar.
Y aquí tenéis en breves
palabras relatada
la historia que hoy la corte

comenta con fruición,
historia en que resaltan
las bellas cualidades
que adornan la persona
del rey nuestro señor.

CORO ¡Qué cinismo! ¡Qué descaro!
¡Buen ejemplo empieza á dar!
Como siga de ese modo,
¿dónde vamos á parar?

CAR. Es un hombre hecho y derecho
nuestra augusta Majestad,
y estos lances y aventuras
son muy propios de su edad.

CORO Tal escándalo en la corte
no se puede consentir,
y ó modera su carácter
ó nos va á dar que sentir.

CAR. Ya cayeron en las redes
que con maña les tendí;
sin querer, los majaderos,
van á hacerme el juego a mí.

(El Coro hace mutis por el foro izquierda; los Duques se quedan en primer término, viendo salir al Coro. Carlos al hacer el mutis, por el foro derecha, dice:)

Hablado

CAR. ¡Seguid así, solemnes majaderos!
¡Murmurad, murmurad, ilustres zotes!
y la leyenda que hice del monarca,
difundid á mi gusto por la corte.

ESCENA II

DUQUESA y DUQUE

DUQ.ª ¿Y qué pensais de todo esto,
querido esposo?

DUQUE ¿Quién? ¿Yo?
(Encogiéndose de hombros.)
Nada.

DUQ.ª Vamos, como siempre.
¿Seguís viendo sin horror

la conducta depravada
del monarca?

DUQUE
Creo yo
que no es tanto como dicen.

DUQ.ª
¿Pero hay algo más atroz
que lo de la jardinera?

DUQUE
En eso tenéis razón.

DUQ.ª
Esa chiquilla insolente
le tiene loco de amor,
y eso ya es intolerable.

DUQUE
Pero, ¿qué voy á hacer yo?

DUQ.ª
Pues vos, su primer ministro,
estáis en la obligación
de llamarle al orden.

DUQUE
¡Bueno!
¿Y si al reprenderle yo
me desafía ó me pide
que dimita, que es peor?

DUQ.ª
Si os desafía, batiros.

DUQUE
¿Y si me da un torniscón
que me parte la cabeza
y os deja viuda?

DUQ.ª
Mejor...

DUQUE
¿Cómo que mejor?

DUQ.ª
Os digo
que es mejor que vayáis vos,
porque si á mí me requiebra
otra vez ese bribón...

DUQUE
¡Basta! ¡Lo comprendo todo!
(Llevándola hacia el foro.)
¡Ahora veréis quién soy yo!
(Mutis la Duquesa por el foro derecha. El Duque permanece unos momentos viéndola marchar. Al desaparecer la Duquesa, sale de su cámara Fabián.)

ESCENA III

FABIÁN y el DUQUE

FAB.
(Yendo hacia el Duque) (Mi primer ministro. ¡Qué serio, qué formal y qué bruto es el pobrecito!) (Dándole un golpe en la espalda.) Querido tío...

DUQUE (Haciendo una reverencia.) ¡Señor!...

FAB. (Tan reverente y tan ceremonioso como siempre. Tiene el talento en la cintura.) ¡Mirando á las mujeres todavía! ¿Eh?

DUQUE ¡Señor!...

FAB. ¡No! ¡Si no te reprendo! Son mi debilidad. ¡Chócala, picaruelo! (Le da otro golpecito en la mejilla.)

DUQUE (¡Aquí, aquí quisiera ver á mi mujer!) ¿Qué dirían si viesen que me honráis con estas confianzas? (Acción de pegar.)

FAB. Pues dirían lo que yo: que hay caras que invitan al mojicón.

DUQUE Pues yo os suplico que no hagáis caso de esas invitaciones y escuchadme. Los sagrados intereses de la patria y de la corona, exigen una radical modificación de vuestra conducta.

FAB. ¡Ah! ¿Sí? (Irónico.)

DUQUE Sois el constante perseguidor de todas las damas de la corte. Sois el terror de todos los maridos.

FAB. ¡El terror de los maridos!

DUQUE Sois un diablillo enamoradizo que no respetáis ni á solteras...

FAB. Mi especialidad. (Con jactancia.)

DUQUE Ni á viudas...

FAB. Mi género favorito. (Idem.)

DUQUE Ni á casadas.

FAB. ¿Plato prohibido? ¡Suculento! ¡Suculento!

DUQUE Pero lo peor de todo, lo que la corte lleva más á mal, es... (¿Cómo se lo diré para no meter un tacón?) es... vuestra intimidad con la jardinera.

FAB. ¡Alto ahí! ¿La jardinera has dicho?

DUQUE (Por no meter uno, metí los dos.)

FAB. El nombre de Rosalía tiene que ser para vosotros tan respetable como el de cualquier princesa de la corte. ¿Lo has entendido bien?

DUQUE Entendido, señor. No hablaré más de esto; pero debo advertiros que vuestra conducta os distancia de la grandeza.

FAB. Pues lo siento por la grandeza, que se va á

tener que ir muy lejos, porque quiero seguir imitando á mi maestro, á Carlos, á mi gallardo Capitán de guardias.

DUQUE Pues, yo, el Duque de Maklemberg, primer Ministro y Presidente del Senado, opino que debe ser destituído ese Capitán de guardias que tan mal ejemplo os está dando.

FAB. ¡Cáspita! ¡Enérgico estás!

DUQUE Como que de esa destitución depende la seguridad de vuestro trono.

FAB. ¿Y cómo puede ser eso?

DUQUE Muy fácilmente; constitucionalmente. La ley fundamental, en su artículo cuarto, os concede el derecho de nombrar y destituir...

FAB. A todo el personal palatino.

DUQUE Sí.

FAB. A sus ministros y al Presidente del Senado.

DUQUE No.

FAB. ¿Cómo que no?

DUQUE Que no creía que recordáseis tan bien la Constitución. (¡Me planta en la calle!)

FAB. La recuerdo perfectamente.

DUQUE ¡Señor! Recordad también que soy vuestro tío.

FAB. ¡Ni una palabra más!

DUQUE Y que si queréis reconozco que mi cara invita al mojicón. Satisfaced vuestros reales caprichos.

FAB. ¡Ni una palabra!

DUQUE Pero, siquiera un mojicón. (Poniendo la cara.)

FAB. Esto me reconcilia contigo. Reconozco que eres un gran político y un excelente cortesano. Toma. (Le da un bofetón.)

DUQUE (¡Vamos, no se ha excedido!) ¿Estáis ya satisfecho? ¿No os pide más vuestro real cuerpecito?

FAB. Por ahora, no.

DUQUE Desahogaos. Mirad que la primera vez que hemos de vernos, dentro de un rato, vendré presidiendo la Comisión del Senado, y no será la ocasión más propicia para ciertas expansiones...

FAB. Descuida. Te recibiré con toda solemnidad. Y apropósito de solemnidades. Ya sabes que

en la fiesta de mañana quiero que tomen parte los campeones del baile nacional.

DUQUE Bailarán, señor, bailarán. Y si es preciso bailaremos todos.

FAB. Y que quiero las mujeres guapas.

DUQUE Se hará lo que se pueda.

FAB. Rubias...

DUQUE Rubias.

FAB. Morenas...

DUQUE Bueno.

FAB. Y trigueñas.

DUQUE (¡Vamos, un juego completo!) ¿Y para el color de los hombres no tiene V. M. alguna preferencia?

FAB. Eso á tu elección.

DUQUE (Me está tomando el rizo.)

FAB. Adiós, canciller de barro. (Mutis primera derecha.)

ESCENA VI

EL DUQUE. Después LA DUQUESA

Pues señor, ¡me lucí! no cabe duda...
y ahora vamos á ver cómo me arreglo
para que la Duquesa no me arañe.
¡Aquí quisiera ver hombres enérgicos!

(Se presenta la Duquesa en el foro, mirándole y moviendo la cabeza con ademán de impaciencia y disgusto. El Duque se dirige hacia ella accionando como para hablar, pero sin poder lograrlo.)

DUQ.ª Basta. No me digais ni una palabra;
en la cara os conozco que habéis hecho
un pan como unas hostias.

DUQUE Casi, casi.

DUQ.ª Sois, esposo, un solemne majadero.

DUQUE De eso me hablaba el rey hace un instante.

DUQ.ª ¿Conque quiere la lucha? Lucharemos.
Mejor es para reina una bastarda
que la hija de un villano jardinero.
Tiene el rey una hermana desterrada...

DUQUE Fabiana...

DUQ.ª Sí, Fabiana. Su derecho,

aun siendo hija bastarda, es indudable
y está reconocido en documentos.
Pues si logramos elevarla al trono
no habrá sobre ella más poder que el nuestro.
(Pausa. El Duque hace gestos de disgusto.)

DUQUE ¿Qué tenéis que objetar?

DUQ.ª Que reconozco
que tenéis agudeza y mucho ingenio.
Sois un *hombre* de Estado, un gran político,
sois la intriga hecha carne.

DUQ.ª Y gracias á eso
vos sois el Presidente del Senado
y ocupáis el primer cargo del reino.

DUQUE Y siendo así, ¿queréis que yo conspire?
¿Que me exponga á perder lo que poseo?
¿Por qué no trabajais por cuenta propia?
Vuestra hermosa cabeza es ¡ya lo creo!
digna de una corona.

DUQ.ª Es imposible.
Soy mujer y me quita ese derecho
la maldita ley Sálica.

DUQUE ¡Demonio!

DUQ.ª Pero, si vos queréis, hay otro medio
de llegar á ese fin, que es coronaros
á vos, querido esposo.

DUQUE Nada de eso.
Jugar con las cabezas no me gusta,
y siendo con la mía mucho menos.
(Continúan accionando como si siguieran la conversación.)

ESCENA VII

DICHOS, MERCIER y UN CRIADO, éstos dos últimos por el foro

CRIADO Esperad en esta estancia.

MERC. ¿Ya no tengo que andar más?

CRIADO No, señor, la jardinera
á quien venís á buscar.
vendrá aquí precisamente.

MERC. Pues muchas gracias.

CRIADO Mandad.
(Ambos saludan con una reverencia ridícula. El Criado hace mutis. Mercier adelanta hasta el primer término.)

MERC. ¡Demonio! Dos peces gordos.
(Hace genuflexiones hasta que al ruido de un tropezón se fijan en él los Duques.)
DUQ.ª ¡Buen amigo! ¿A dónde va?
MERC. (Saludando ridículamente.)
¡Señora!... ¡Señor!... ¡Señores!...
DUQ.ª Aquí no se puede entrar
sin permiso.
MERC. (Lo de todos.)
(Sacando un papel, que entrega á la Duquesa y ésta examina.)
Aquí le traigo. Mirad.
DUQ.ª (Después de leer.)
¿Sois jardinero de oficio?
MERC. De casa del Conde Adrán;
pero vengo pretendiendo
servir en la Casa Real.
(Sacando otro papel y entregándolo.)
Esta es la instancia en que pido
la merced.
DUQ.ª ¿Y quién hará
que ese papel llegue á manos
del rey?
MERC. La hija de Waldás,
el jardinero del príncipe.
DUQ.ª (Con extrañeza.)
¿Rosalía?
MERC. ¡Natural!
Es mi novia. (Con presunción.)
DUQ.ª (Con ironía.) ¡Vuestra novia!
Tomad el pliego... Tomad. (Acción.)
Con una novia como esa
no necesitais ya más.
MERC. (Asombrado.)
¿Y eso por qué? No lo entiendo.
DUQ.ª Pues ella os lo explicará
y os hará bien el encargo.
DUQUE Y hasta os hará... popular.
MERC. ¿Pues tanta influencia tiene?
DUQUE Decisiva.
DUQ.ª Colosal.
Como que es la protegida...
MERC. ¿De quién?
DUQ.ª De Su Majestad

MERC. (Asombrado.)
Mi novia es...

DUQ.ª La favorita
del rey.

MERC. ¡Voto á Satanás!

DUQUE Sois favorito *consuerte.*

MERC. ¿Yo? No lo quiero pensar.

DUQUE No os quejéis. ¡Si ese es el cargo
que más disputado está.

DUQ.ª ¿Por lo visto á vos os gusta
poco?

MERC. ¡Qué me ha de gustar!
¡Como los coja los mato
á los dos! (Amenazador.)

DUQ.ª ¡Calma! Esperad.

MERC. ¡Calma, y me ha puesto un suplente!

DUQUE ¿Y eso á vos que más os da?

MERC. Poneos vos en mi caso.
(El Duque protesta con ademanes)

DUQ.ª ¿Queréis la ofensa vengar?

MERC. ¿Qué he de hacer? Aconsejadme.
(Se abre la puerta de la izquierda y aparece en ella Rosalía.)

DUQUE (Bajo á la Duquesa.)
Es ella.

DUQ.ª (Idem.) Serenidad.

MERC. Pero, decidme...

DUQ.ª Mas tarde.
(Al Duque, al hacer el mutis por el foro izquierda.)
Este hombre es providencial.
Uno así necesitaba
para realizar mi plan.

ESCENA VIII

MERCIER y ROSALÍA

Música

ROS. ¿Me esperabas ya?

MERC. No me hables, infiel.

ROS. Pero, ¿qué te sucede?

MERC. No te quiero ver.

—

ROS No comprendo tus enojos
ni me explico tus desdenes,
y es preciso en el instante
que me digas lo que tienes.

MERC. Yo soy el que no me explico,
yo soy el que no comprendo,
que con tanta desvergüenza
me preguntes lo que tengo.

ROS. Hablemos claro.

MERC. Todo lo sé.

ROS. ¿Y qué es lo que sabes?

MERC. Pues sé lo del rey.

ROS. ¿Y qué es lo que has sabido?
¿Qué quieres decir?

MERC. Que tus coqueterías
no he de consentir.
Sé que eres del monarca
la favorita,
que admites sus amores
y á mí me olvidas.

ROS. Eres tan inocente
como un cordero.
No dudes, amor mío,
de que te quiero.

MERC. Ante el rey, si es preciso,
lo he de decir.

ROS ¡A que no!

MERC. ¡A que sí!
Tú quieres engañarme
yo bién lo sé.

ROS. Cuantas pruebas me pidas
yo te daré.

MERC. Dame un abrazo á cuenta.

ROS. No está decente.

MERC. Si no piensas cumplirlo,
¿por qué lo ofreces?

ROS. Ofrecer no es dar trigo.

MERC. Pues no lo ofrezcas,
pero si ofreces, cumple.

ROS. La manos quietas,
que te doy si te arrimas
un bofetón.

MERC. Yo quisiera ver eso
¡Vaya! ¡A que no!

Ros ¡A que sí!
MERC. ¡A que no!
ROS. Repito que si vienes
te doy así.
MERC. ¡A que no!
ROS. ¡A que sí!
(Le da un cachete.)
Lo que te prometía
cumplido está,
eso es para que aprendas
á respetar.
MERC. Si ahora que somos novios
me pega ya,
cuando estemos casados
¿qué pasará?

Hablado

MERC. ¡Caracoles! ¡Qué mano
tan dura tienes!
ROS. No te enfades, que manos
blancas no ofenden.
MERC. Es que tú, por lo visto,
no te das cuenta
de que yo tengo un genio
como una fiera.
(Transición.)
¿Echo sangre?
ROS. (Burlándose.) ¡A torrentes!
MERC. ¿Cómo? ¿Te burlas? (Gritando.)
ROS. (Muy mimosa, arrimándose á él y desmintiendo con la acción las palabras.)
¡Ay! No dés esas voces,
porque me asustas.
MERC. Creía que dudabas.
ROS. Antes la muerte.
Si me gustas por eso,
por lo valiente.
Como tú eres me gustan
á mí los hombres,
bravos y decididos.
MERC. Tú me conoces.

Ros Mas me gusta uno solo
Tú.
Merc. (Muy meloso.)
¡Rosalía!
¿De veras?
Ros. Si te quiero
más que á mi vida.
Merc. ¿Me faltarás?
Ros. ¿Yo? Escucha:
permita el cielo
que de faltar alguno
(Con solemnidad.)
seas tú.
Merc. Bueno.
¿Y lo del rey, entonces?
Ros. Es una infamia.
El rey á mí me quiere
como á una hermana.
Yo vengo aquí cumpliendo
con mis deberes,
y el rey, en cuanto acabo,
me dice: «vete».
Merc. (Con ademán de abrazar.)
Y «ven» no dice nunca.
Ros. No, me respeta
más que tú.
(Con maliciosa naturalidad.)
No me abraza.
Merc. ¡Pues bueno fuera!
Ros. Tú podrás convencerte
cuando le hables.
Merc. ¿Y cuándo va á ser eso?
Ros. Pues esta tarde.
¡El capitán! Escapa.
Merc. ¿Por dónde? Dime.
Ros. Por ahí;
(Primera derecha.)
esa escalera
da á los jardines.
(Mercier hace el mutis indicado. Rosalía se queda un momento viéndole salir.)

ESCENA IX

ROSALÍA y CARLOS. Este por el foro derecha

CAR. (Desde el foro.)
(¡Hola, la jardinerita!)
¡Rosalía! (Llamando.)
ROS. (Saludando.) Capitán...
¿A ver al rey?
CAR. A eso vengo;
pero antes quiero admirar
la hermosura de esos ojos
y ese rostro angelical.
ROS. ¿Requiebros á mí, don Carlos?
¡En buen momento llegais!
CAR. ¿Estás enfadada?
ROS. ¡Mucho!
Y decidida á evitar
que anden mi honor y mi nombre
en lenguas ni un día más.
CAR. ¿Que vas á hacer? Considera
que ya poco ha de durar
esto, y que como descubran
ahora que el rey Fabián
es mujer, se armará un lío
en el que han de peligrar
el trono, la monarquía
y todo.
ROS. Esperais quizá
á que ella os pida la mano.
CAR. Mira, no estaría mal.
ROS. Pues si supiérais... (Con malicia.)
CAR. (Con mucha curiosidad.) ¿Qué?
ROS. Nada.
Que si quereis saber más...
(Yo te haré soltar la lengua.)
CAR. ¿Qué tengo que hacer?
ROS. Bajar
al jardín.
CAR. ¿Cuándo?
ROS. A las nueve.
CAR. Ya sabes que á esa hora está

el jardín hecho un vivero
de parejas.

ROS. No, se van
cuando tocan la retreta.

CAR. Bueno, tú no faltarás...
(Cayó en la red.) (Yendo hacia el foro.)

ROS. (Mordió el cebo.)
(Este baja.)

CAR. (Esta hablará.
Parlanchina, como todas.)

ROS. (Junto á la puerta de la cámara regia, á la que se ha ido acercando desde que comenzó los apartes.)
(¡Tonto, como los demás!)
(Mutis. Entra en la cámara regia.)

ESCENA X

FABIÁN, por primera derecha, y CARLOS

FAB. ¡Adiós, capitán ilustre!

CAR. Señor...

FAB. Me alegro encontrarte.

CAR. Majestad, lo mismo digo.

FAB. ¿Y qué? ¿Tengo hoy nuevos lances?
¿He seducido á una hermosa?
¿No he matado anoche á nadie?

CAR. A nadie.

FAB. Más vale así;
pero bueno es enterarse.
¿Y cómo marcha el discípulo?
No creo que has de quejarte
de mí, pues con tus lecciones
has conseguido crearme
fama de hombre decidido,
de valiente y de galante
con las mujeres, sabiendo
que me aterran los combates
y que las damas me aburren
de manera insoportable.

CAR. Pues, eso y más, es preciso
para deshacer los planes
que traman desde la sombra
ambiciosos intrigantes.

Si seguís así, del trono
os respondo con mi sangre.

FAB. Mientras tú no me abandones
no temo á los desleales. (Transición.)
Y á fe que estoy orgulloso,
porque si mi trono vale,
vale más mi defensor.

CAR. ¡Señor!

FAB. Es joven, amable,
decidido, generoso,
bravo...

CAR. ¡Señor! Escuchadme...

FAB. (A ver si así se decide.)
(Sonriente.)
¿Ahora vas á reprocharme?
Eres gentil, guapo, noble...

CAR. ¡¡Señor!!

FAB (¿Qué querrá este infame?)
(Con ironía.)
Tal soy como tú me has hecho.
(Riéndose.)
¿No querías que cambiase?

CAR. Cambiar... sí; pero no tanto.

FAB. (¡Aun voy á ruborizarle!) (Riendo.)

ESCENA XI

DICHOS y un CRIADO

CRIADO (Desde el foro.)
Señor.

FAB. ¿Qué ocurre?

CRIADO La Mesa
del Senado solicita
la otorgue Su Majestad
el honor de recibirla.

CAR. (Retirándose.)
Pues con vuestro real permiso.

FAB. Que pase la comitiva.

ESCENA XII

FABIÁN, CARLOS, el DUQUE, SENADORES 1.° y 2.°, DAMAS y CABALLEROS de la Corte y GUARDIA REAL. Entran primero Carlos al frente de la Guardia, que forma en el pasillo del foro. Luego las Damas y Caballeros, que se colocan en los últimos términos del salón, en forma que dejen ver las figuras de detrás, y por último, el Duque, seguido de los Senadores, que se colocan en el primer término derecha.

Música

DUQUE — ¡Señor!
SEN. — ¡Señor!
CORO — ¡Señor!
DUQUE y SEN. — Tenemos alto honor,
en nombre del Senado
que honrarnos se ha dignado
con esta comisión,
mostraros su adhesión
poniéndonos los tres
á vuestros reales pies. (Reverencia.)
CORO — A los pies
de Vuestra Majestad. (Idem.)
FAB. — (Me aburre y me empalaga
tanta solemnidad.)
¡Señores!
decidme qué desean
los Senadores.
DUQUE y SEN. — El Rey difunto, vuestro padre
con su postrera voluntad
dejó al Senado el documento
que os venimos á entregar.
DUQUE — (Recitado.)
Dice el sobre: «Ha de entregarse
á mi sucesor Fabián,
el día antes de que empiece
su mayoría de edad.» (Entrega el pliego.)
FAB. — (Tomándole.)
Miedo me inspira
no sé por qué

el contenido
de este papel.
Temo que el bueno
de mi papá
me ordene alguna
barbaridad
ó haga una triste
revelación
que comprometa
mi situación.

ROS. / CAR. Miedo le inspira,
no sé por qué
coge con miedo
ese papel.
Cuántos misterios
encerrará
el testamento
de su papá.
Tal vez contenga
la salvación
ó la desgracia
de la nación.

CORO Se ha emocionado
no sé por qué,
coge con miedo
ese papel.
Cuántos misterios, etc.

TODOS Si el testamento encierra el arte
y vasto plan de gobernar
a los anales de la Historla
el documento pasará.

DUQUE Cumplida ya nuestra misión
os reiteramos la adhesión
y nos ponemos otra vez
con humildad á vuestros pies.
(Reverencia.)

CORO A vuestros pies, con humildad. (Idem.)
A los pies
de vuestra Majestad.

(Mutis por el foro al compás de la música en orden inverso al que guardaron para entrar.)

ESCENA XIII

FABIÁN

Hablado

(Contemplando el pliego se dispone á romper el sobre.)
La más profunda emoción
me domina á mi pesar.
(Decidiéndose y rasgando el sobre.)
Pero en fin; hay que aclarar
tan extraña situación.
(Con acento de emoción, que aumenta á medida que avanza en la lectura, lee.)
«Hija: Cuando á tu poder
haga llegar el Senado
este pliego, habrás entrado
en la edad de comprender
la difícil situación
que te creó al expirar,
con la idea de salvar
la corona y la nación.
Antes de tu natalicio
el trono heredar debía,
un malvado que vivía
en la crápula y el vicio.
Era el Conde de Gottor
quien, de haberme sucedido,
habría al país sumido
en la ruina y el terror.
Y con el fin de evitar
que pasára á él el poder
tu condición de mujer
me ví forzado á ocultar.
No sé si te habré evitado
los males que presentía,
ó si, por desgracia mía,
los habré multiplicado.
Si á la hora de penetrar
mi triste revelación
tu equívoca situación
no has conseguido aclarar,

que me perdones espero
si con la farsa tramada
te hubiera hecho desgraciada
tu padre
Fabián primero.»
(Se guarda el pliego,)

¡Está bien, papaítô! Más vale tarde que nunca, y gracias á Dios que he sabido por qué soy lo que no soy. Según papá, yo he venido al mundo para purgar las faltas y libertinajes de mi señor tío, que por lo visto es un tío con toda la barba. Por él ando vestida de máscara y en un constante compromiso. Carlos, que de fijo lo sabe, me ha hecho por ahí un cartel de valiente y de conquistador amoroso, que no sé á dónde me va á llevar. Porque figúrense ustedes el papelito que voy á hacer el día que una dama débil—que las hay muy débiles por aquí—me diga que... bueno, que... sí, y me proporcione un éxito... ¡Cómo va á quedar mi cartel! ¡Y qué triste se va á quedar ella! Pero, en fin, á lo hecho pecho. (Acercándose á la puerta de su habitación y llamando.) ¡Rosalía!

Ros. (Dentro.) Voy, señor. (Sale de la cámara.)

ESCENA XIV

FABIÁN y ROSALÍA

Fab. ¿Viste á Carlos?
Ros. Un momento.
Fab. ¿Y qué?
Ros. Que cayó en la trampa
como si fuera un cordero.
Fab. ¿De modo que bajará?
Ros. ¿No ha de bajar? ¡Ya lo creo!
Cree que va á hablar conmigo
de vuestro amor.
Fab. Pues te adviero,
que esta es la última intentona

y que si no habla hoy, ¡le pego!
¿Tienes todo preparado?

Ros. Todo lo tengo dispuesto.

Fab. ¡Si aun pudiera ser dichosa!...

Ros ¡Pues claro que podéis serlo!
¡Como de mí dependiera!...

Fab. ¡Qué buena eres!... Dame un beso.
(En un transporte de alegría la besa y la abraza, empujándola hacia la puerta de la cámara, por donde desaparecen, diciendo antes:)
¡Ven!... ¡Ven!...

ESCENA XV

El DUQUE, la DUQUESA y MERCIER. Cuando Fabián abraza á Rosalía aparecen en el foro los Duques, que sigilosamente llaman á Mercier para que presencie la salida de los otros personajes. Mercier acude, y sin hablar pretende interrumpirlos, evitándolo los Duques, que no le sueltan hasta que los otros desaparecen

Duq.a ¡Demonio!

Duque ¡Buen cuadro!

Duq.a Mirad.
(Señalando irónicamente á Fabián y Rosalía, que ya han desaparecido.)

Duque (¡Llegamos á tiempo.)

Merc. ¡Ah, traidora!!.. ¡Favorita!...
¡Estaba escrito en el cielo!
Ahora no la han dicho vete.
La dijo: «Ven...»

Duque Y se fueron.

Merc Y se han metido en su cuarto.

Duque Tendrán que hablar en secreto.

Merc. (Haciendo esfuerzos por correr hacia la primera derecha.)
Los mataré.

Duque (Conteniéndole.) ¡Calma!... ¡Calma!
que para todo habrá tiempo.

Duq.a (Al Duque.)
Este es mi hombre.

Duque (A Mercier.) (Tú verás
cómo te ponen el cuerpo.) (Cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

En los jardines del palacio de Fabián. Una rotonda que se supone da acceso á varias habitaciones. Telón en segundo término. Todas las paredes cubiertas de enredaderas y plantas trepadoras; distribuidos convenientemente por la escena búcaros con muchas flores y macetas con plantas de adorno. Puerta grande en el foro y una á cada lado, todas practicables. La de la derecha comunica con la escalera que lleva á la antecámara real, y la de la izquierda á la vivienda de Rosalía. Entre estas puertas y el foro grandes espejos. Mucha luz del sol. En el centro, completando el decorado, un mueble rústico.

ESCENA PRIMERA

MERCIER. Llega por el foro cuando acaba de subir el telón, dirigiéndose hacia la puerta izquierda. A medida que va avanzando va disminuyendo la velocidad, hasta quedar parado ante la puerta en actitud de duda. Este monólogo ha de decirse como si fuera un diálogo

NERC. A ver, Mercier, para un poco,
ten un momento de calma
y piensa bien en el paso
que vas á dar. No te vayas
á equivocar... pero ¿cómo
dudar de cosa tan clara?...
Con mis propios ojos,
¿no he visto que la abrazaba?
Aunque eso sea; no puedes
condenar sin escucharla.
Mira que anda el rey por medio...
Ya lo he visto, por desgracia...
Y que tienes la cabeza
en un tris de ser cortada...
¡Mi cabeza! ¡Está la pobre
buena desde esta mañana!...
Parece una olla de grillos...
Pues haz lo que quieras... Anda. .

Pues lo que quiero es llamar
y avergonzar á la ingrata...
Pues en su cuarto la tienes.
No sé por qué no la llamas.
Pues ahora mismo... Verás.
(Llega resueltamente hasta la puerta y da tres golpes con la mano. El primero muy despacio, quedándose parado para escuchar, y los otros dos muy fuertes. Al dar el último retrocede como asustado viendo abrirse la puerta y aparecer en ella á Rosalía.)

ESCENA II

ROSALÍA y MERCIER. Después FABIÁN

Ros. ¡Qué estrépito! ¡Qué algazara!
¡Sí qué es correcto el amigo!
MERC. ¡Soy una fiera enjaulada!
Ros. Pues yo veo que andas suelto.
MERC. Pero no estoy para chanzas,
ni para burlas sangrientas,
ni para hacer de pantalla.
(Dice esto agitado; pasea de un lado para otro.)
Ros. Pero estás haciendo el ganso
y vas á romper las plantas
con tus pasos y aspavientos.
MERC. (Respetuoso.)
Dispensa. No me acordaba
de que estamos en palacio.
Ros. ¡Bueno! ¿Y qué es lo que te pasa?
MERC. ¿Y eres tú quien lo pregunta?
¿Tú, tornadiza é ingrata?
(Con amargura.)
Lo he visto, lo he visto todo.
Ros. ¿Qué has visto?
MERC. Que te abrazaba...
Ros. ¿Quién?
MERC. El rey. ¿Vas á negarlo?
Ros. Bien. ¿Y qué?
MERC. (¡Qué desahogada
y qué libre me has salido!)

ROS. Pues eso no prueba nada.
Yo te afirmo que te quiero
sólo á tí, con toda el alma.

MERC. ¡Sí; me tienes un cariño!...
¡Sobre todo cuando abrazas
al otro!...

ROS. Yo te aseguro
que no hay malicia ni hay nada
alarmante en lo que has visto.

MERC. ¡Santo Dios! ¡Si se cegaba
abrazando!

ROS. Si pudiera
hablarte con confianza,
te explicaría el secreto
de los abrazos.

MERC. Pues habla.

ROS. Es un secreto de... Estado.

MERC. ¡Secretos á mí! Pues, ¡vaya!
También yo tengo los míos
y son de mucha importancia.

ROS. Cuenta, cuenta.

MERC. Eso quisieras.
Me los reveló una dama
que me obsequia y me protege

ROS. ¿A tí?

MERC. (Presumiendo.)
¿Qué te figurabas?
Sí. Me trato con duquesas,
y las visito en su casa,
y concertamos negocios...
á medias. ¿Qué te pensabas?
¿Que yo no tengo partido
también en la aristocracia?
(Anda, trágate esa espina.)

ROS. Y dime, ¿cómo se llama
tu protectora?

MERC. ¿Que cómo
se llama? (Presuntuoso.) ¡Pues casi nada!...
¡Duquesa de Maklemberg!

ROS. (Dudando.)
¿Dices?...

MERC. La verdad exacta.

ROS. ¿Y te ha hablado de negocios?

MERC. Y muy importantes... ¡Vaya!

ROS. (Con gran curiosidad.)
¿Y á quién atañen?

MERC. No puedo
decirte ni una palabra;
pero te interesaría
saberlos.
(Se oyen dos golpes en la puerta de la habitación de Rosalía.)
¿Qué es eso?

ROS. ¡Calla!
(Tratando de evitar que Mercier se aproxime á la puerta.)
Vete.

MERC. (Llegando á la puerta.)
Aquí hay gato encerrado.

ROS. (Tirando de él para apartarle.)
No mires.

MERC. No es gato; es gata.
(Mirando por la cerradura.)
Es una joven, muy linda
por cierto. ¡Vaya una cara!
¡Y qué poca ropa lleva!

ROS. (Tirando de él.)
Quítate de ahí ó me enfadas.
¿Me cuentas ese secreto?

MERC. ¡Jamás! He dado palabra
de no revelarle á nadie
y á tí mucho menos.

ROS. ¡Vaya!
Pues ha terminado todo
entre los dos.

MERC. ¿Me amenazas?

ROS. Y si no te vas, te saco
los ojos. (Imperiosa.) Vete.

MERC. ¡Caramba!
Creo que me está ofendiendo.
Esto te ha de costar lágrimas
de sangre... Me voy...

ROS. (Secamente.) ¡Adiós!

MERC. Repara bien, que me lanzas
sabe Dios á qué peligros...
Y que si en ellos me matan
tú serás la responsable.

ROS. Bueno, adiós.

MERC. Adiós, ingrata
(Mutis foro derecha.)

ROS Gracias á Dios que se fué.
¡Estaba como sobre ascuas!

Música

FAB. (Dentro.)
¡Rosalía!

ROS Gran señora...
¿Qué queréis?

FAB. ¿Puedo salir?

ROS. Voy á ver. (Mira para ver si viene gente.)
Salid ahora.

FAB. (Aparece por la primera izquierda con la ropa sin acabar de ajustar.)
Pues que no me sé vestir.

—

Tantas cintas y cordones
no es posible manejar,
y ó me das unas lecciones
ó me vuelvo á desnudar.

—

ROS. No paséis ningún cuidado,
no hay por qué desesperar,
que el manejo de esta ropa
es de gran facilidad.

—

Estais de jardinera encantadora.

FAB. Ayúdame, no seas habladora.

ROS. Os visto yo una vez y ya, después,
verá Su Majestad qué fácil es.

—

Teniendo colocado ya el justillo,
El resto del tocado es muy sencillo;
pues ya no falta más operación,
si no abrochar la falda y el jubón.

—

FAB. Así vestida debo estar muy mal.
ROS. No tal.
FAB. Con esta ropa no me sé mover.
ROS. A ver.
FAB. Se cogen los vestidos por aquí.
ROS. Así.
FAB. Se mueven despacito así los pies.
ROS. Eso es
FAB. Avánzase con cierta majestad.
ROS. Andad.
FAB. Y un leve movimiento de vaivén.
ROS. Muy bien.

—

Ahora decid qué haréis con él
si enamorado y seductor
á vuestros pies cae un doncel
muerto de amor.

FAB. Aparentando sencillez
y demostrando algún temor
con estudiada timidez
fingir rubor.

—

El insiste suplicante
demandando mi perdón,
y antes de que se levante
yo le doy... la absolución.

—

ROS. De tal modo, gran señora,
el papel sabéis hacer,
que creo que antes de ahora
habéis sido ya mujer.

Hablado

FAB. ¿De veras estoy bien?
ROS. Perfectamente.
Cual si vistiérais siempre de señora,
tenéis una figura sorprendente.
FAB. Me engañas.
ROS. De verdad.

FAB. Aduladora.
Creo que baja ya por este lado. (Derecha.)

ROS. (Mirando al sitio indicado y volviendo rápidamente.)
El es, sí.

FAB. Pues retírate y vigila.
No nos sorprendan.

ROS. No; perded cuidado.
Confíaos en mí y estad tranquila.
(Mutis foro derecha.)

ESCENA III

FABIÁN; después CARLOS

FAB. Yo creo que es una locura lo que voy á hacer; pero ya no hay remedio. (Transición.) ¡Anda! ¡Pues no me palpita el corazón! ¡Tic! ¡Tac! ¡Nada! ¡Que me palpita! ¡Que me palpita! Oye, tú. (Dirigiéndose al corazón.) No te adelantes á los acontecimientos, que todavía nos pueden dejar vestidos y palpitando. (En este momento aparece Carlos por la derecha.) (¡El! Me haré la distraída.)

CAR. (Desde la puerta derecha.) Me parece que he sido puntual. Y la jardinerita también. Ahí está coqueteando. (Se acerca de puntillas á Fabián.)

FAB. Me parece que este talle...

CAR. (Pasando un brazo por la cintura.) Es muy bonito: de palmera.

FAB. ¡Caballero! (Ocultando la cara.)

CAR. (¿Qué voz es esta?)

FAB. (Me parece que me he ruborizado á tiempo y con propiedad.)

CAR. Decía que el talle es de palmera.

FAB. Y yo contestaba que no os andais por las ramas que os agarrais al tronco. (Dejándose ver la cara.)

CAR. (Asombrado.) ¡Vamos! Es una encerrona.

FAB. (¡Dios mío, cómo me mira! Caballero, no digais á nadie que...

CAR. ¿Qué? (Mirándola fijamente y aproximándose.)

FAB. Que tenéis ese vicio tan feo. (Acción de abrazar.)

CAR. No íbais á decir eso.

FAB. Pues no digais á nadie que me habéis visto.

CAR. ¡Jamás! Yo no descubro á Fa...

FAB. (Sin dejarle acabar la palabra.) Fabiana. ¿Sabéis mi nombre?

CAR. Sí: Fa...biana. Acabais de decirlo. Sois, por lo visto...

FAB. (Con precipitación.) Mi hermana bastarda... (¡Anda! ¡Gedeón monarca!) La hermana bastarda del Rey.

CAR. (Irónico.) ¡Ya! ¡Ya! ¿Y para quebrantar el destierro, sin que os conozcan, os ponéis ese disfraz tan sencillo?

FAB. Las princesas desterradas andamos muy mal de ropa.

CAR. ¿Entonces vendréis á conspirar contra el Rey?

FAB. (Cogiendo á Carlos y llevándolo misteriosamente á un lado de la escena, le dice con entonación bufo dramática:) ¡Vuestro Rey no es un rey!

CAR. (Con fingido asombro.) ¿Pues qué es?

FAB. Es un maniquí del capitán de la Guardia real.

CAR. (¡Más claro, agua! Pues allá va mi chaparrón.) ¿Conque un maniquí del capitán de Guardias?

FAB. ¡Pero, por Dios, no me descubrais!

CAR. ¡Descubriros!... (Insinuante.) Si aspiro á ser vuestro...

FAB. (¡Ya va, ya va!) ¿Mi qué?

CAR. Vuestro... protector.

FAB. (Con desaliento.) (¡Paff! ¡Pólvora sola!) ¿Y todo eso por mi cara bonita?

CAR. Por eso precisamente, por vuestra cara de cielo.

FAB. Un poquito menos.

CAR. Y porque al admiraros me parece que admiro á vuestro hermano.

FAB. (¡Preparen!)

CAR. Por el Rey daría la vida, y por vos daría la vida...

FAB. (¡Apunten!)

CAR. La vida y el Rey.

FAB. (¡Fuego!)

CAR. Para el Rey, toda mi sangre y toda mi lealtad; para vos toda mi ternura, todo mi amor.

FAB. (¡Pum! ¡En mitad del corazón!)

CAR Perdonad mis palabras si os han ofendido.

FAB. (¡Adiós! ¿Habré estropeado la combinación por ruborizarme? ¡Nada, que no se pueden guardar las formas!) No es eso, no es eso; es... la falta de costumbre.

CAR ¿Pero nunca os han dicho que sois encantadora?

FAB. ¡Nunca! (¡Y ya tengo unas ganas de que me lo digan!)

CAR. Entonces, permitidme contemplar vuestros encantos y brindaros mi admiración y mi amor más firmes.

FAB ¿De veras son firmes?

CAR. Sí; firmes. (Pasándole la mano por la cintura.)

FAB. (Retirándole.) En su lugar, descanso. Haga el favor.

CAR. En su lugar descanso, no; adorándoos.

FAB. (¡Ya juega la artillería!)

CAR. Adorándoos, como el Capitán de Guardias á su maniquí y como á la reina de mis amores; como á Fabián ó como á Fabiana, como gustéis, porque ha llegado la hora de descubrirnos. (Se pone de rodillas, cogiéndola la mano.)

FAB. (¡Gracias á Dios!) (Con ironía y fingido rubor; poniéndole la mano para que la bese.) ¡Bueno! Pues... lo pensaré. (Carlos le besa la mano.) ¡Ay! ¡Ya lo he pensado! Merecías que ahora te mandase á un castillo.

CAR. ¿Por qué?

FAB. Por haber tardado tanto.

ESCENA IV

DICHOS y ROSALÍA que llega precipitadamente por el foro

ROS. (Al aparecer.)
¡Señora! (Se detiene sorprendida.)
(¡Precioso cuadro!) (Señalando á Carlos.)
¡De rodillas!

FAB. ¡Y á mis pies!
CAR. (Levantándose.)
(¡Miren que es inoportuna!)
FAB. (¡Ahora que iba esto tan bien!)
ROS. (Con gran azoramiento y muy asustada.)
¡Por Dios! ¡Subid al momento,
Capitán!
CAR. ¿Qué pasa?
ROS. El Rey
está en peligro gravísimo.
FAB. ¿Qué sucede?
ROS. Que ocho ó diez
hombres, van hacia su cámara,
y que le quieren prender.
CAR. (Sacando la espada y dirigiéndose hacia la primera derecha.)
¡Canallas! ¡Ahora veremos!
FAB. ¿Y qué hago yo?
CAR. (Deteniéndose en la puerta.)
¡Ahí estáis bien!
(Indicando el cuarto de Rosalía,)
¡Y mientras aliente Carlos,
nada tenéis que temer! (Mutis primera derecha.)

ESCENA V

FABIÁN y ROSALÍA

FAB. (Impaciente é intranquila.)
¿Pero qué ha sido eso? ¡Dime!
ROS. ¡Ay, señora! ¡Yo no sé
si podré contarlo!
FAB. ¡Acaba,
que me impacientas!
ROS. Pues, bien.
Estaba yo vigilando
por fuera, como sabéis,
cuando por entre los árboles
me pareció ver á tres
personas que discutían
con misterio. Me acerqué
al grupo; le componían
dos hombres y una mujer,

que hablaban de conjurados
y de un complot contra el rey.

FAB. ¿Los conoces? ¿Quiénes eran?

ROS. Los Duques de Maklemberg.

FAB. ¡Mis tíos! ¡Debí esperarlo!

ROS. Y para que no lleguéis
á jurar, hoy mismo quieren
secuestraros. Mi Mercier
va al frente de un grupo de hombres
tan animales como él.

FAB ¿Mercier?

ROS Sí. Me le ha engañado
esa pícara mujer.
El, como bruto, es muy bruto,
pero es bueno.

FAB. ¡Ya se ve! (Transición.)
¿Conque, ahora, un golpe de Estado?
¡pues golpes, sí puede haber!
Mas quizá los lleven ellos.
Acompáñame otra vez
á tu cuarto á desnudarme,
que no hay tiempo que perder.

ROS. ¡Por el jardín viene gente! (Asustada.)
Pasad pronto. (Abriendo la puerta izquierda.)

FAB. (Entrando.) ¡Vamos pues! (Mutis las dos.)

ESCENA VI

DUQUE, MERCIER y CORO DE CABALLEROS, por el foro cautelosamente en actitud exageradamente bufa

Música

DUQUE Vamos, amigos, allá
vamos con resolución;
pero marchad
sin rechistar,
sin que sienta la respiración.

CORO En cuanto estemos allá,
en cuanto yo entre en la lid,
al pelear,
voy á dejar
oscurecida la gloria del Cid.

DUQUE Yo daré á todos valor
yendo de todos en pos,
para animar
y detener
al que cobarde se quiera volver.
No lleve nadie temor
mientras yo vaya detrás,
pues ya sabéis
que mi valor
raya en la temeridad.

MERC. Por esa ingrata
de Rosalía,
en esta empresa
juego la vida.
San Expedito,
haz un milagro.
Que no me rompan
el espinazo.
Me late el pecho,
pierdo la vista,
me están temblando
las pantorrillas.
Quiero marcharme,
pero no puedo;
me faltan fuerzas,
me sobra miedo.

CORO Es necesario asegurar,
es necesario conseguir,
que la corona el rey Fabián,
nunca la pueda ya ceñir.
Y si viniera el Capitán,
lo cual pudiera suceder,
hay que tener serenidad
y dignidad para correr.

DUQUE Nadie levante la voz,
nadie pretenda chistar,
ni respirar,
ni estornudar,
porque le pongo la mano en la faz.

CORO ¡Qué hombre tan excepcional!
Yendo con él no hay temor
porque á juzgar,
por su valor,
es una fiera el señor.

TODOS — Hay que avanzar.
No haya temor.

DUQUE — Yo iré detrás.

TODOS — Vamos allá.

(Mutis, por primera derecha, en la misma actitud que al llegar. Delante, Mercier; detrás, el Duque.)

ESCENA VII

FABIAN, ROSALÍA, DUQUESA, DAMAS 1.ª y 2.ª, el DUQUE, CARLOS, MERCIER, CABALLEROS, ALDEANOS 1.º y 2.º y GUARDIAS 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º, que irán saliendo por el orden que se indica

Hablado con música

(El Caballero 1.º sale, precipitadamente, por la puerta primera derecha, huyendo, despavorido, por el foro izquierda. Momentos después, Aldeanos 1.º y 2.º seguidos, de cerca, por Guardias 1.º y 2.º dándoles cintarazos)

ALD. 1.º — ¡Ay! ¡ay!

GUAR. 1.º — (A Guardia 2.º) ¡Duro y á la cabeza!

ALD. 1.º — (Protegiéndose la cabeza con los brazos) ¡En la cabeza, no! ¡En la cabeza, no! (Aldeano 1.º y Guardia 1.º, hacen mutis por el foro derecha, y Guardia 2.º y Aldeano 2.º, por el foro izquierda. Al desaparecer los anteriores, por la misma puerta y en igual actitud, las Damas 1.ª y 2.ª, salen corriendo hasta llegar á la primera izquierda, que empujan violentamente, sin lograr abrirla. En este momento aparece, en primera derecha, el Guardia 3.º agitando en el aire la vaina de un sable. Al verle, las Damas se remangan las faldas, exageradamente, hasta enseñar las pantorrillas, cruzando el proscenio de izquierda á derecha, para huir por este lado del foro, mientras el Guardia 3.º se detiene un momento en mitad de la escena é inclinándose para mirar á las damas, dice:)

GUAR. 3.º — ¡Santo Dios! ¡Qué pantorrillas! ¡Esas son armas de mala ley! (Y sigue detrás, desapareciendo por el mismo lado que ellas. El Duque y Mercier, agarrado éste á los faldones de la casaca del primero, salen por la primera derecha, huyendo, despavoridos, como los anteriores.)

DUQUE (Tratando de quitarse el «lastre» de Mercier.) ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Que no puedo correr!

MERC. (Agarrándose más.) ¡Sois el capitán Araña!

DUQUE ¡Suelta! ¡Que vienen pegando!

MERC. (Sigue agarrado.) ¡Capitán Araña! (En esta situación llegan hasta la puerta primera izquierda, donde empujan violenta é infructuosamente. Al aparecer en la puerta primera derecha los Guardias 4.° y 5.°, armados como los anteriores, huyen por el foro derecha el Duque y Mercier, seguidos de los Guardias, que les van dando cintarazos. Por la misma primera derecha, casi al mismo tiempo que desaparecen los anteriores, aparece la Duquesa con las faldas remangadas, perseguida por el Guardia 6.°)

DUQ.ª (En medio de la escena.) ¡Ay! ¡Ay, mi espalda!

GUAR. 6.° (Golpeándola.) ¡Las damas no tienen espaldas! (Mutis ambos por el foro izquierda. Mercier vuelve corriendo y azorado por el foro derecha. Llega hasta la primera izquierda, donde casi se estrella y llama con estrépito, diciendo.)

MERC. ¡Rosalía! ¡Que yo no he sido! ¡Rosalía! (En este momento y simultáneamente, aparecen en la actitud que se indica los personajes siguientes: Rosalía, por la puerta primera izquierda; Carlos, con la espada desnuda, en la primera derecha; la Duquesa y el Duque, huyendo desesperados, por foro izquierda y foro derecha, respectivamente, para juntarse abrazados. Mercier, cayendo de rodillas, ante Rosalía.) ¡Perdón! ¡Perdón!

CAR. (En actitud de triunfo.) Alto, señores. ¡Viva el rey Fabián! (Cuadro.—Telón rápido.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero con efecto de noche Mucha iluminación

ESCENA PRIMERA

Todos menos MERCIER

Música

CORO La fiesta es agradable
y hermosa de verdad.
FAB. La Corte se divierte.
ROS. También Su Majestad.
FAB Comiencen las parejas
el baile nacional.
CORO Que salgan las parejas.
El baile va á empezar.
(Terminado el baile á una seña del Rey se retiran las parejas y el Coro.)

ESCENA II

FABIÁN, DUQUESA, CARLOS y DUQUE. Este lleva vendada la cabeza y un brazo en cabestrillo. Quedan formando un grupo los Duques, otro Fabián y Rosalía, y Carlos en el centro, último término

Hablado

FAB. (A Rosalía.)
Entra y dí que está dispuesta
el aya.
ROS Todo estará
á punto. Quedad tranquila.
FAB Yo me espero para atar
el último cabo. Andando,
que en seguida voy yo allá.
(Mutis Rosalía por primera izquierda.)

FAB. (Al Duque.)
¿Os duele mucho?

DUQUE (Quejumbroso.) ¡Bastante!

DUQ.ª (Muy seca.)
Bueno, pues disimulad
y poned la cara alegre.

DUQUE ¿Cómo he de disimular,
si estoy hecho una papilla?
¡Qué paliza!

FAB. La verdad
es que pasado ya el susto,
es gracioso por demás
el lance.

DUQUE ¡Sí! ¡Muy gracioso!

DUQ.ª Me ha podido á mí costar
la vida.

FAB. (Con ironía.) Yo, os lo agradezco,
no lo olvidaré jamás.

DUQUE Y á mí, un ojo de la cara.
¡Mirad, mirad, Capitán,
cómo me habéis puesto!

CAR. Amigo.
yo no he podido hacer más. .
que parar al enterarme
de quien érais.

FAB. Bien. Pues ya
todo eso, es agua pasada
¡y pelillos á la mar!

DUQUE (¡Sí! ¡Y árnica en las heridas)

DUQ.ª (Aparte al Duque.)
Yo no abandono mi plan
á pesar de este fracaso.

DUQUE (Asustado. Aparte á la Duquesa.)
¡Cielo santo!

DUQ.ª (Aparte al Duque.)
¡Hay que vengar
la afrenta que hemos sufrido!

DUQUE ¡Y los chichones! ¡Cabal!

CAR. Pero lo que no comprendo
es por qué casualidad
estábais entre esa gente.

FAB. (Irónico.)
Pues, es muy fácil. Verás:
supieron que unos malvados

me querían secuestrar
y ellos, para defenderme...
¿No es así, tía?

DUQ.ª — Es verdad.

FAB. — (¡Ballenato!) Se metieron
en el complot para dar
al traste con sus proyectos,
y ya ves su lealtad
si les ha costado cara. (Irónico.)

CAR — Y todo eso por no hablar
(Por las heridas del Duque.)
á tiempo.

DUQUE — ¡Y no dejábais!
¡Si aquello era un huracán
de palos!

DUQ.ª — Algunas damas
perdieron, al escapar,
las enaguas.

DUQUE — Y otras, muchas,
el decoro y la moral. (Acción de remangarse,)

CAR. — Pero no las buenas formas
que los que íbamos detrás
las vimos perfectamente.

DUQ.ª — ¡Qué rubor!

FAB. — (¡El carcamal!)

DUQ.ª — Pero, á todo esto, es la hora
en que debe comenzar
la sesión en el Senado.

DUQUE — (¡Llegó el momento!)

FAB — Es verdad,
y vos, como Presidente,
allí estais faltando ya.

DUQUE — (Resignado.)
Voy; pero con esta facha
no sé si me dejarán
entrar los ugieres.
(Hace una reverencia y se dispone á marchar, saliendo del grupo hacia el foro.)

DUQ.ª — (Saliéndole al encuentro; sólo al Duque.)
¡Vamos,
que en vuestras manos está
la jugada decisiva!
(Carlos hace señas á Fabián indicándole que mire á los Duques, que siguen como hablando en voz baja.)

FAB. (Con indiferencia.)
Déjalos. Tengo mi plan.
DUQ.ª (Aparte al Duque.)
De vos depende ahora todo.
DUQUE (A la Duquesa.)
Fiad en mi habilidad.
(Mutis foro izquierda. Carlos le acompaña hasta la salida, volviendo después á escena.)

ESCENA IV

DICHOS, menos EL DUQUE

FAB. (Ahora, en orden de batalla.
¡Otra vez! ¡Vamos allá!)
Tía, escuchadme un instante,
que os voy á participar
el propósito que tengo,
que es de mucha gravedad.
(A Carlos, que vuelve de acompañar al Duque.)
Tú también puedes oirlo.
CAR. Mil gracias.
FAB. Y sin andar
con fórmulas y rodeos,
pues tengo adoptada ya
decisión inquebrantable,
os digo: que el rey Fabián
va á contraer matrimonio.
(Movimiento de extrañeza en la Duquesa y Carlos.)
DUQ.ª (Asombrada.)
¿Cómo?
FAB. Igual que los demás:
por lo Civil y la Iglesia,
que no pretendo sacar
modas nuevas. ¿Os extraña?
DUQ.ª Comprended que es natural
que nos extrañe, porque antes
lo tenéis que consultar...
FAB. (Interrumpiéndola.)
Con nadie. Ya lo he previsto.
Para obrar con libertad,
arrojo lo que me estorba,

la corona, y quedo en paz
con todos.

DUQ.ª Ya es otra cosa.
¿Y en quién pensais abdicar?

FAB. En uno de la familia.

DUQ.ª Así, ya no está tan mal.

FAB. En vos. (Pausa.) Pero la ley Sálica...
os impide á vos reinar.

DUQ.ª ¿Y si el Senado á estas horas
la hubiera abolido ya?

FAB. Pues no habría inconveniente.
(¡Se han querido adelantar!)

CAR. Pero eso es un disparate.

FAB. ¿Qué dices tú?

CAR. Perdonad.

DUQ.ª Los reyes no disparatan
nunca. Razones tendrá
para obrar de esa manera.

FAB. Está decidido ya.
¡Pues menudo engorro es este
para un chico de mi edad!

CAR. ¡Señor! Es un imposible
lo que quereis.

FAB. Tú, á callar. (A Carlos.)

DUQ.ª (Idem.)
Callad, si quereis dar prueba
de ser vasallo leal.

CAR. De mi lealtad no hay quien dude.

FAB. Pues yo te voy á probar
que la adhesión de que hablabas
no es tan incondicional
como dices. Perdón, tía.
(A la Duquesa. Se lleva á Carlos á un lado de la escena y le dice aparte.)
No me lleves la contraria,
que ahora me toca mandar
a mí. Tú estás en el limbo.
¿No tienes bastante ya
conmigo?

DUQ.ª (¿De qué hablarán?)

FAB. A mí, con tu amor me basta,
aunque tuviera que andar
por ahí con un organillo
para vivir.

CAR. Y, á mí, ya
con que esos ojos me miren
así, me sobra.

FAB. (Dándole un golpecito en la cara.)
¡Truhán!
(A la Duquesa, aparte.)
Duquesa: ahora un momento.
En lo que voy á ultimar
todo para la renuncia,
con vos dejo al capitán.
Y tú escuchas, ves y callas. (A Carlos.)

CAR. ¡Bueno! (Encogiéndose de hombros.)

FAB. (Aparte á Carlos al hacer el mutis.)
No te pesará. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA V

DUQUESA y CARLOS. Después de desaparecer Fabián, quedan en silencio la Duquesa y Carlos durante algunos momentos; éste paseándose preocupado de un lado á otro del salón. La Duquesa le mira sonriéndose irónicamente

DUQ.ª ¡Vamos, que el mundo da vueltas!
Habeis quedado perplejo.
A mí no me extraña nada
que esteis así; porque pienso
que os estaréis acordando
de que habeis estado expuesto
á matar á vuestros reyes
futuros, y tendreis miedo
de que tomen represalias,
y que el Duque, por ejemplo,
repita con vos la escena
y os muela á palos.

CAR. (Sin dejar de pasearse.) No es eso
lo que á mí me preocupa.

DUQ.ª Vamos, sí; ya lo comprendo.
Pero somos generosos
con el vencido, y haremos
por salvar vuestra carrera.

CAR. (Paseando. Con desdén.)
Mi carrera es lo que menos
importa.

DUQ.ª Reflexionad
que desde mañana el cetro
estará ya en otras manos.

CAR. (Parándose frente á la Duquesa.)
Sí; en las vuestras.

DUQ.ª Y no creo
que perdais nada en el cambio.

CAR. Pero, lo que no comprendo
es cómo puede abolirse
la ley Sálica.

DUQ.ª ¿Y es eso
nada más lo que os hace
rechazar mi ofrecimiento?

CAR. Es bastante. (Rumores y aclamaciones dentro.)

DUQ.ª Pues tomad
la respuesta.

(Carlos, sorprendido, intenta ir hacia el foro. La Duquesa le detiene.)

¡Deteneos!

(Carlos ha quedado primer término izquierda. La Duquesa sube hacia el foro, mirando desde allí hacia el sitio donde parece venir el ruido. Mientras ella mira, de la habitación del rey sale Rosalía, procurando no ser vista por la Duquesa, se acerca rápida y misteriosamente á Carlos y le habla al oído como si le transmitiera un recado. Carlos escucha el principio con manifestaciones de asombro, que luego se truecan en alegría. Al terminar Rosalía exclama:)

ROS. Pues, claro; si sois un torpe...

CAR. Bien, pues dila que la espero.

ESCENA VI

DICHOS, EL DUQUE, SENADORES 1.º y 2.º y seis más. La Duquesa ha bajado al centro del escenario, colocándose de espaldas á la cámara regia, Carlos ha pasado al lado opuesto, el Duque presidiendo la comisión baja con los Senadores, que puestos en línea frente á la Duquesa, hacen ante ella profunda reverencia

Música

DUQUE }
SEN. 1.º } Rindamos homenaje
á Vuestra Majestad.

DUQ.ª (El éxito mis sueños
convierte en realidad.)

DUQUE (Se dió el golpe de Estado
con gran habilidad.)

CAR. (¿Qué quiere decir esto?)

DUQUE Señores, escuchad.
En el Senado puestos de acuerdo
nuestros amigos y los del rey,
por treinta votos de mayoría
han abolido la odiosa ley.

DUQUE }
SEN. 1.º } Y aquí llegamos humildemente
para ofreceros el trono á vos.

(A la Duquesa.)

DUQ.ª Trono que acepto reconocida.
(Logré mi anhelo. ¡Gracias á Dios!)

(Carlos, como si acabara de tomar una resolución, sale del cuadro y entra en la puerta primera derecha.)

A tan suprema distinción
leal sabré corresponder,
engrandeciendo mi nación
desde la altura del poder.

(Carlos sale rápidamente de la primera derecha y se dirige al foro izquierda. Permanece allí breves instantes y vuelve á salir cruzando de foro izquierda á foro derecha.)

SEN. 1.º Yo por mi honor juro servir
con la mayor fidelidad
y defender hasta morir
á nuestra augusta Majestad.

TODOS } Rindamos homenaje
á Vuestra Majestad.

CAR. (Desde el foro.)
Señores, un momento.

(Todos dirigen su mirada al sitio que ocupa Carlos Al ver la actitud de éste se retiran á los lados.)

Que falto yo. Esperad.

(Adelanta hasta el primer término centro.)

Tengo tomadas
todas las puertas,
vigila en ellas
la guardia real,
fiel defensora
de los derechos
del que hasta ahora

fué el rey Fabián.
Aquel que intente
mientras yo viva
tales derechos
atropellar,
por esta espada
juro, señores,
que con la vida
lo ha de pagar.

DUQ.ª (¡Qué contratiempo! ¿Cómo salir
de este conflicto que no preví?)

DUQUE (Siempre á esta fiera yo la temí.
Como nos venza, ¡pobre de mí!)

SENADORES (Es del monarca bravo adalid.
Calma y veamos qué pasa aquí.)

CAR. Y puesto que á una reina
queríais acatar,
prestadla acatamiento
que aquí la reina está.

(**Llega hasta la puerta de la cámara real y da la mano á Fabián que sale vestida de mujer con traje de corte. Fabián lleva en la mano derecha el pliego que le entregó el Senado. Detrás de ella una dama llevando en un azafate una corona real y el cetro. Detrás Rosalía y más damas. Mercier por el foro derecha. Se coloca junto á Rosalía.**)

FAB Señores de mi corte: Murió ya el rey y gra-
[cias
á las intrigas vuestras que hicisteis abolir
la ley Sálica, ahora, sin trabas ni disfraces,
como hija del rey muerto, podré al trono
[subir.
Del rey Fabián primero, yo soy la sucesora,
yo soy quien ha reinado hasta hoy como
[varón.
El pliego de mi padre, que me entregó el
[Senado,
explica bien la causa de tal transformación.
(**A los Duques.**)
Vosotros perdonados.

DUQUE Mil gracias. (¡Menos mal!)

DUQ.ª (¡Vencida y humillada!)

CAR. Aquí la guardia real.

(**De la primera izquierda y de ambos lados del foro**

salen grupos de soldados que forman en filas al foro en último término.)

Soldados: á la reina
jurad fidelidad.

(Los soldados se arrodillan presentando las armas; los otros personajes inclinan con reverencia el cuerpo.)

TODOS — Rindamos homenaje
á Vuestra Majestad.

(Van desfilando por delante de la reina mientras cae el telón lentamente.)

FIN

OBRAS DE ATANASIO MELANTUCHE

S. H.—*Recorrido* cómico-lírico, en un acto y seis cuadros, música de los maestros Tremps y Aula. (1)

Siempre heróica.—*Recorrido* cómico-lírico, en un acto y cinco cuadros, música del maestro P. Echegoyen. (1)

El Olivar.—Zarzuela de costumbres aragonesas, en un acto, dividido en tres cuadros, música de los maestros Serrano (J.) y Barrera. (Segunda edición). (1)

Danze baturro.—Zarzuela de costumbres aragonesas, en un acto, dividido en cuatro cuadros, música del maestro Isaura. (1)

La vara de alcalde.—Zarzuela de costumbres aragonesas, en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, música del maestro Barrera. (Segunda edición).

«Idelcas».—Zarzuela baturra en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Barrera.

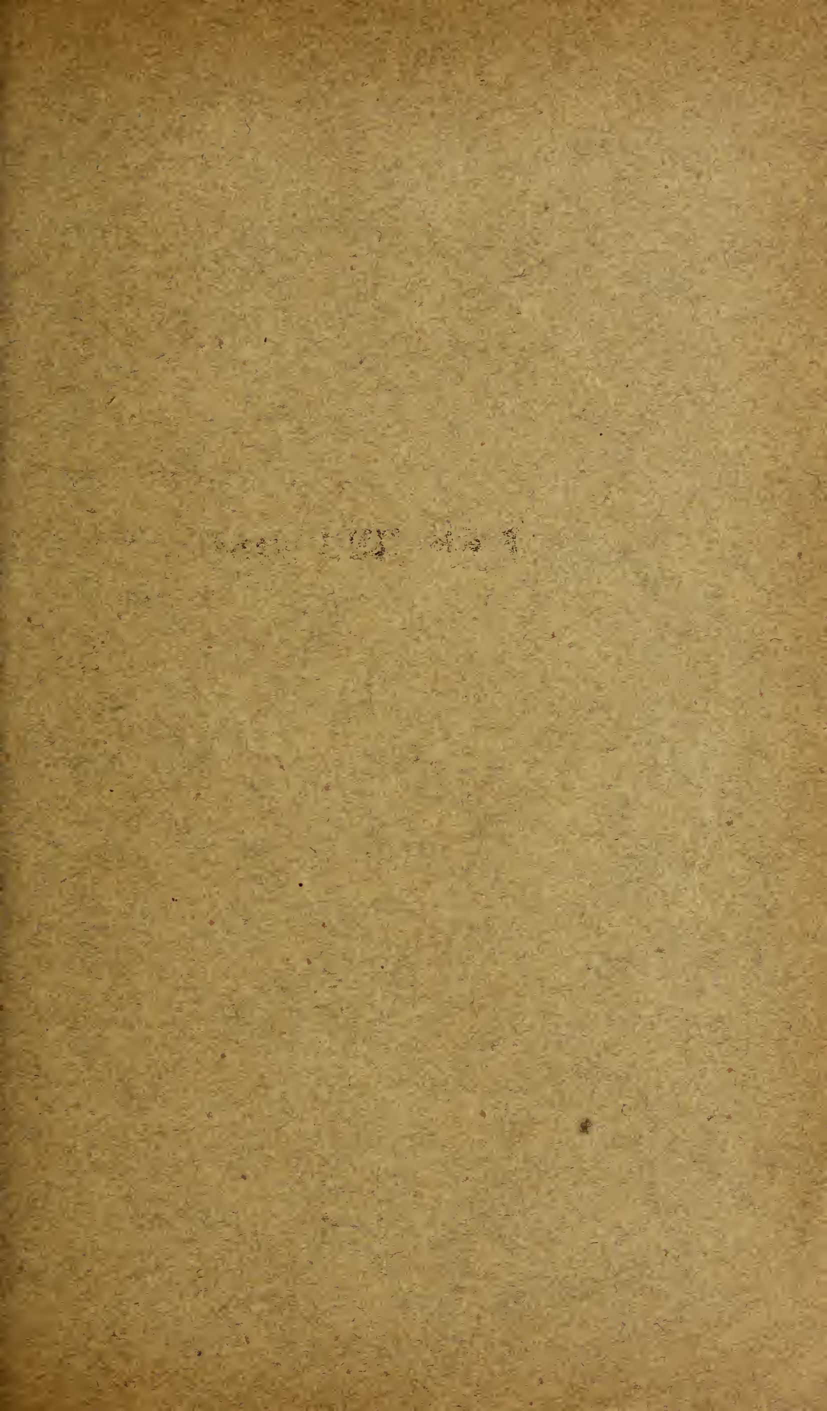
El golpe de Estado.—Opereta en un acto, dividido en tres cuadros, inspirada en el asunto de una obra extranjera, música de los maestros Giménez y Vives. (2).

(1) En colaboración con Gregorio García-Arista.
(2) Idem con Santiago Oria.

OBRAS DE SANTIAGO ORIA

Besugos y percebes, semblanzas de escritores (*)
El señor Presidente, juguete cómico en un acto. (*)
El golpe de Estado, opereta en un acto. (*)

(*) En colaboración.



Precio: UNA peseta